

miguel alberto bartolomé*

las nacionalidades indígenas emergentes en méxico

La existencia –la coexistencia en el tiempo– de civilizaciones diferentes es difícil de negar. La emergencia, a veces el renacimiento, de estas civilizaciones en términos de contemporaneidad se presenta como un proceso en el que, por momentos, los escollos y las dificultades enmascaran su inalterable fuerza.

Anouar Abdel-Malek

El Estado y las nacionalidades

Plantear problemas de futuro cuando el presente parece estar signado por urgencias percibidas como más inmediatas, puede ser interpretado como una retórica social que pretende orientar el pensamiento y la acción fuera del momento histórico, desviando así la praxis social concebida como necesaria. Sin embargo creo que una clara formulación utópica permitirá identificar las contradicciones del presente, al poder contrastarlo con un modelo de futuro. Utopía que posibilitará determinar nítidamente el carácter histórico y contingente de la realidad social contemporánea, haciendo ver, como lo sugiere Kaplan,¹ a través de la precariedad de lo que pasa por real, la realidad de lo posible.

No corresponde a la naturaleza y extensión de este trabajo traer a colación el extenso debate sobre el origen, desarrollo y naturaleza del Estado contemporáneo. Basta a nuestros propósitos destacar el carácter relativamente reciente del Estado burgués conformado en Europa occidental entre 1789 y 1871; es a partir de esta última fecha que Europa se constituye como un conjunto de estados con

* Antropólogo, investigador del Centro Regional de Oaxaca del INAH.

¹ Marcos Kaplan, **Modelos mundiales y participación social**, México, FCE. (Colección Archivos del Fondo, núm. 24), 1974.

la pretensión de ser formalmente homogéneos a nivel nacional.² Es también a partir de esa época que surge la confusión entre Estado y nación términos que pasan a ser asumidos como equivalentes. Pero dicha equivalencia es una falacia que enmascara, en razón de la necesidad de un mercado interno homogéneo, la diversidad nacional que encierran las fronteras políticas arbitrariamente trazadas. Una sola lengua, una sola cultura y, fundamentalmente, un solo mercado, son los lemas de los llamados estados-nación contemporáneos. Lemas que fomentan el divorcio entre el Estado y la sociedad civil, en los términos que ya fueran definidos por Marx,³ cuando señalaba que el Estado se presenta ante la sociedad como poder autónomo de dominación y amo de ésta. Como resultado de este proceso, la multiétnicidad, la rica diversidad de naciones, que quedó incluida dentro de los ámbitos territoriales definidos como fronteras políticas de los estados, fue negada, sistemáticamente bloqueada y, finalmente, reprimida. Es en este espejo –distorsionado y distorsionante– que América Latina en general y México en particular creyeron reconocer su propio rostro, ocultándose y ocultando la milenaria presencia de los rostros sometidos, los de las civilizaciones y nacionalidades previas a la invasión europea. La aceptación de esta identidad exterior implicó un anhelo de homogeneización territorial y cultural que ni la misma potencia invasora había logrado, ni logra, realizar. Detengámonos un momento en la reflexión del proceso de formación del estado-nación español.

Desde la Conquista, los latinoamericanos hemos tendido a manejar una imagen monolítica del estado-nación español, pero la realidad es que esta imagen sólo existió con base a la represión absolutista de la multiétnicidad peninsular. Hasta el siglo XVII, los distintos reinos se mantuvieron unidos exclusivamente a través de una alianza con la casa de los Austria, dentro de la cual conservaron sus propios idiomas, costumbres, fronteras, leyes, monedas, etcétera. La relación política se establecía exclusivamente por medio de los Consejos (Castilla, Aragón, Flandes) y los virreyes, siendo la única institución común el tribunal del Santo Oficio. Es durante el siglo XVIII que se organiza la verdadera homogeneización estructural, debida a los Borbones absolutistas, quienes implantan la castellanización (Carlos III, 1768), privando a los reinos de sus fueros particulares con la única excepción del país Vasco-Navarro. Sólo a partir del siglo XIX, y de las influencias liberales basadas en el absolutismo previo, es que España se

² Vadimir I. Lenin, **El derecho de las naciones a la autodeterminación**, México, Grijalbo (Col. 70), 1969.

³ Carlos Marx, **El 18 Brumario de Luis Bonaparte**, Moscú, Editorial Progreso, 1974.

organiza administrativamente configurando un estado-nación en los términos que la definen actualmente.⁴ Pero ni el absolutismo monárquico ni su heredero, el liberalismo decimonónico, ni la represión totalitaria franquista, han podido destruir la multiétnicidad que negaron, y que hoy en día renace con más fuerza que nunca. Las crueles luchas en el siempre independentista País Vasco y las demandas autonomistas catalanas están expresando la falacia de la negación histórica de la especificidad lingüística y de la identidad cultural. Sin comentar el drama vasco (por todos conocido), la historia es testimonio de la justificación del anhelo autonomista catalán. Quienes recorren las calles de Barcelona leyendo los carteles que demandan **volem le statut**, deben recordar que los que lo piden forman parte de una nacionalidad cristalizada a partir del año 801 D. C., como avanzada del imperio de Carlo Magno. Nacionalidad que se alió con los castellanos en el siglo XVI, que se rebeló contra Castilla en la infructuosa insurrección de 1640 y que sólo fuera controlada, e intentada castellanizar, en 1717.⁵ Mientras escribo estas páginas, todo parece indicar que las antiguas y sojuzgadas nacionalidades peninsulares recobrarán sus autonomías, recuperando así la posibilidad de desarrollar un proyecto histórico y cultural propio. Pero, mientras esto ocurre, los latinoamericanos, más papistas que el Papa, continuamos empeñados en no asumir nuestra propia diversidad étnica, impidiendo la autogestión y autodeterminación de nuestras minorías y/o mayorías nacionales.

Etnias y nacionalidades

Como términos emergentes de un espacio semántico ambiguo, la discusión conceptual sobre etnias y nacionalidades constituye un tema bastante novedoso para la reflexión social y la praxis política. ¿Por qué resulta aparentemente tan obvio considerar nacionalidades a los vascos, kurdos, bretones, etcétera, a la vez que la sola mención de la nacionalidad maya o náhuatl o mixteca puede suponer un escándalo para algunas conciencias sociales o políticas? Al parecer no existiría ninguna diferencia formal entre una etnia (en su acepción de tipo organizacional definido por Barth) y una nacionalidad. Ambas comparten una suma de rasgos que las contrastan con el ámbito mayor (el Estado-nación) dentro del cual están incluidas. En ambos casos se presenta una distintivi-

⁴ Julio Busquets, **Introducción a la sociología de las nacionalidades**, Barcelona, Editorial Edicusa, 1971.

⁵ Alexandre Cirici, "Cataluña: un Arte para el Mundo", **El Correo de la Unesco**, año XXXI, París, marzo, 1978.

dad lingüística (mínimamente), tal vez social, cultural, organizacional e incluso religiosa. ¿Dónde está entonces la frontera a partir de la cual una etnia adquiere el **status** de nacionalidad?, o a la inversa, ¿cuándo una nacionalidad puede ser conceptualizada como una etnia? Considero que la respuesta a este aparente dilema radica básicamente en la voluntad de afirmación política manifiesta. Etnias y nacionalidades poseen una conciencia colectiva; aquel factor ya identificado por los austromarxistas, aunque en términos quizás un poco psicologizantes (Bauer y su "comunidad de destino"). Pero es la reivindicación y actualización histórica de esa conciencia colectiva, expresada ya en términos de afirmación, defensa y deseo de acceso a la decisión política, lo que determina que una etnia se comporte como una nacionalidad. El catalán Ribó ha expuesto lo anterior en los siguientes términos:⁶

La conciencia de la particularidad de una colectividad a través de los factores diferenciales que la definen, sólo cobra importancia política en el momento que a partir de esa conciencia y particularidad se reivindica la soberanía, se reivindica un poder político propio.

Se podría quizá señalar que una etnia constituye una nacionalidad **en sí** y no **para sí**. A la inversa, una nacionalidad es una etnia que ya se ha asumido a sí misma (**para sí**), creando una demanda política colectiva. No existiría entonces una distinción evolutiva de ninguna especie, sino que etnias y nacionalidades representan momentos de un mismo proceso dialéctico. Cuando en determinada etapa de su desarrollo histórico una etnia se organiza para luchar por su liberación, se está asumiendo como una nacionalidad. Pero en el transcurso de ese mismo desarrollo histórico hay momentos en que la nacionalidad, políticamente desorganizada y culturalmente desvitalizada, puede ser conceptualizada como una etnia, como un grupo organizacional, lingüística y culturalmente aún vivo, pero incapaz de actuar colectivamente en la prosecución de objetivos propios.

El caso mexicano es el testimonio más elocuente de esta dinámica. En el momento de la invasión europea, las civilizaciones mesoamericanas constituían nacionalidades, que mantenían relaciones económicas, políticas, culturales, e incluso bélicas, con los otros grupos nacionales que compartían el mismo ámbito territorial. La tragedia de la Conquista y el drama de la Colonia fueron fragmentando las organizaciones políticas previas, reduciéndolas a

⁶ Rafael Ribó, "Marxismo, Catecismo y Cuestión Nacional", **Debates**, Barcelona, Cataluña, Editorial Anagrama, 1977, p. 19.

una multitud de pequeñas comunidades semi-autónomas, organizadas como copias reestructuradas del municipio castellano, pero carentes de sistemas políticos integrativos a nivel intercomunitario, los que quedaron bajo el control de los invasores. De esta manera, a pesar de conservar gran parte de sus elementos distintivos lingüísticos, culturales y organizacionales, la mayor parte de las nacionalidades mesoamericanas (con la excepción de algunos grupos nortños) quedaron constituidas como etnias dominadas. Tal fue, en una de sus instancias, el resultado histórico del bloqueo político.

Todas las rebeliones indígenas, especialmente las que tuvieron lugar después de la Independencia⁷ —momento en el que el estado-nación trataba de consolidarse—, constituyen la expresión de que muchas etnias aún conservaban una decisión política de organizarse como nacionalidades autónomas. Las actuales demandas políticas de los consejos supremos y de los profesionales bilingües (sin discutir la legitimidad o no de sus orígenes organizativos) representan nuevas evidencias contemporáneas de la nunca renunciada vocación de las etnias a reestructurarse como nacionalidades, exigiendo un espacio político propio. Y no olvidemos la aseveración leninista de que el nacionalismo del dominado es siempre revolucionario, en tanto que el del dominador sólo puede responder a una vocación absolutista y totalitaria.

La plurinacionalidad emergente en México

Que México es un país multiétnico constituye una realidad evidente. Que tarde o temprano tendrá que asumir esa multiétnicidad en términos organizativos, es una emergencia histórica que ya muy pocos se atreven a desconocer. Pero que el destino final será su definición como estado multinacional, en los niveles políticos y administrativos, representa un reto y un desafío a la imaginación y a la creatividad colectivas, que no todos se arriesgan a afrontar.

A pesar de la vertiginosa aceleración histórica de las demandas y luchas de las etnias y nacionalidades oprimidas, todavía hay ideólogos que siguen negando especificidad a dichas luchas, a menos que éstas se atengan al modelo de lo que los ideólogos consideran que debe ser una lucha. El fenómeno no es nuevo; ya Memmi relataba la desconfianza y desorientación de la izquierda francesa, ante las reivindicaciones nacionalistas y religiosas que esgrimían los revolucionarios argelinos en el proceso de su

⁷ Cabe citar aquí, entre otras, las rebeliones yaquis de 1832, 1840, 1867, 1887 y 1901; la de los mayas tzotziles de Chiapas en 1868; la de los chatinos de Oaxaca en 1896, y especialmente, la de los mayas de Yucatán, de 1847 a 1901.

liberación. Dentro del coro de ideólogos contemporáneos hay voces discordantes; muchas veces, más que en opciones políticas emanadas del conocimiento de la realidad, sus proposiciones descansan en una retórica libresca y dogmática, para la cual no existen categorías o conceptos operacionales, si éstos no han sido previamente canonizados por los textos sagrados. Un buen ejemplo de esto (que algún colega llamara “marxismo talmúdico”) lo encontramos en un reciente trabajo⁸ en el que se llega a afirmar, otorgando al desconocimiento un valor axiomático, que:

...los sistemas socioeconómicos mencionados (indígenas), por el bajo desarrollo de las fuerzas productivas en que descansan y los limitados esquemas sociales en que se desenvuelven, no ofrecen un cuadro adecuado para resolver sus problemas; mucho menos, pueden ser un patrón adecuado dentro del cual se organice la sociedad en su totalidad.

Todo esto no sería tan grave como error científico si no constituyera, al mismo tiempo, un error político que, simultáneamente, trata de contradecir posiciones que no se comprenden, tales como las Declaraciones de Barbados I y II, por no estar expresadas en el mismo tipo de retórica, tan cara a aquellos que creen que en toda América Latina se pueden agitar banderitas con absoluta impunidad.

Pero no es a una polémica entre intelectuales a la que quiero arribar, sino a la exhibición de la continuidad del mismo tipo de “ceguera ontológica” que ha onnubilado el pensamiento político en nuestro continente. No conozco a ningún teórico, ni ningún militante de la luchas étnicas –indígena o no– que crea que el proyecto de liberación étnica se pueda realizar totalmente al margen de un proceso de liberación de la sociedad global: “no se libera el esclavo si no se libera el amo”. Pero en lo que sí coincidimos los científicos sociales que nos adherimos a la que podríamos llamar “perspectiva pluralista”, es que las etnias y nacionalidades indígenas tienen el derecho histórico de actualizar su capacidad creadora reprimida durante siglos. Quien observa el centenario proceso de defensa armada y rebeliones militares, hasta la reformulación y adaptación estratégica, que se expresa en las organizaciones y demandas políticas contemporáneas de las etnias, podrá convenir en que son unidades sociales claramente diferenciadas de otras, incluyendo aquellas ubicadas dentro del mismo contexto de clase. Y aún más, deberá aceptar que ese derecho a la diferencia que se exige actualmente está basado en

⁸ Héctor Díaz-Polanco, “Indigenismo, Populismo y Marxismo”, *Nueva Antropología*, año III, núm. 9, México, 1978, p. 8.

razones históricas y culturales concretas, originadas en una dinámica civilizatoria milenaria. Pero nada de esto intimida a quienes pueden afirmar, con una irresponsabilidad realmente admirable, que:

El hecho de que se observe **particularidades** culturales en estos grupos, no autoriza para considerarlos, en las actuales circunstancias, como portadores de una **originalidad** que les permita acceder a una "vía" propia, a realizar sus propios "esquemas" de desarrollo.⁹

El tren de la historia no se detiene a esperar a aquellos remisos cuyo reloj despertador no ha funcionado. Por ello señalaba que no era mi intención la de contribuir a una polémica por demás artificial: las realidades pueden ser aceptadas o rechazadas, se puede teorizar a partir de ellas o en contra de ellas, pero jamás pueden ser negadas en razón de ideologizaciones apresuradas y gratuitas. En contraposición a aquellos ideólogos cuya actitud ejemplifico a partir de un caso (quizás no el más representativo, pero sí bastante elocuente), cada vez son más amplios los sectores de opinión que comprenden la legitimidad de la lucha de las etnias en la búsqueda de un espacio político propio.¹⁰

Asumir esta legitimidad histórica y contemporánea de los movimientos de liberación étnica no significa negar la simultaneidad del desarrollo paralelo de la lucha de clases. Por el contrario, implica la aceptación de la dialéctica social en su totalización plena. Significa la interrelación dentro de un mismo marco estatal de la dialéctica social endógena y de la dialéctica social exógena; definidas por Malek¹¹ como lucha de clases y grupos sociales en el seno de una misma formación estatal y el de las naciones, áreas culturales y civilizaciones, respectivamente. En este caso, no sólo son antagonistas dialécticos el Islam y Occidente, sino también la civilización maya y la occidental, a pesar de que la primera está incluida dentro de las fronteras políticas de la última.

Reconocer lo anterior, obliga a aceptar el hecho incuestionable de que conciencia étnica y conciencia de clase no son términos excluyentes, sino complementarios, y que muchas veces la primera

⁹ Díaz Polanco, *op. cit.*, p. 21. (Negritas y entrecomillados del autor).

¹⁰ **Vide v. g.:** Guillermo Bonfil, "Sobre la Liberación del Indio", *Nueva Antropología*, año II, núm. 8, México, 1977; Stefano Varese, "Una Dialéctica Negada: Notas Sobre la Multiétnicidad Mexicana", *En torno a la cultura nacional*, México, INI, 1976; Lourdes Arizpe, *El reto del pluralismo cultural*, México, INI, 1978; Guerrero, Lagarde y Morales, "La Cuestión Étnica", *Nueva Antropología*, año III, núm. 9, México, 1978, pp. 79-94; Salomón Nahmad *et al.*, *Siete ensayos sobre indigenismo*, México, INI, 1976.

¹¹ Anouar Abdel-Malek, *La dialéctica social*, México, Siglo XXI, 1975.

puede ser un paso fundamental en la adquisición de la segunda. Pero no se trata solamente de un problema coyuntural o estratégico. Cuando en 1974 señalábamos que las etnias son anteriores a las clases y que probablemente se proyecten más allá de su extinción,¹² nos referíamos a que cualquier proyecto de futuro político de un estado multiétnico debe incluir su diversidad como un factor programático, bajo el riesgo de reproducir el modelo etnocidiario de los estados contemporáneos. Las alianzas con otros sectores oprimidos se buscarán y se realizarán, pero esto no excluye la vigencia de un proyecto paralelo por parte de las etnias dominadas, definible mínimamente como su supervivencia en cuanto tales.

Cuando M'Bow¹³ afirma, desde su cargo de director general de la UNESCO, que "la reivindicación de la identidad cultural es uno de los elementos más característicos de nuestro tiempo", surge el recuerdo del también africano Amilcar Cabral,¹⁴ quien señalaba que, en los procesos de descolonización, la cultura es el fundamento mismo del movimiento de liberación, pero que no puede reducirse solamente a su papel de aglutinante político coyuntural. La cultura es aquello que los antropólogos no hemos sabido definir, quizás sea "eso que recordamos después de haber olvidado", como dijera Octavio Paz. Pero a nadie se le ocurriría negar la existencia de un elefante porque no lo puede definir; tal cosa sólo ocurre en los delirios epistemológicos de algunos científicos sociales. La afirmación de la identidad étnica, del ser cultural profundo, es hoy en día un proceso de una intensidad tal que está comenzando a aterrar las huecas conciencias de nuestras burguesías de servidumbre. Ello era de esperarse, como también era de esperarse la sorpresa de una izquierda demasiado aferrada a modelos extrapolados, orientada hacia realidades no conocidas vivencialmente y simplificadas a través de poco reveladores estadísticas.

Cunde la sorpresa cuando entre siete y diez millones de habitantes del territorio nacional afirman su derecho a ser otra cosa además que mexicanos. Esto desorienta. Que aparte de ser un "modo de producción articulado", o un campesino, o un descampesinizado, o proletario rural, etcétera, un señor se declare maya, náhuatl, mixteco o chatino, crea un conflicto para aquellos que los estaban definiendo sin esperar oír la opinión de los interesados

¹² "Declaración Sobre la Identidad Étnica y la Liberación Indígena", *Journal de la Société des Américanistes*, t. LXII, Paris, 1973.

¹³ Amadou-Mahtar M'Bow, "La UNESCO y el Mundo", *El Correo de la Unesco*, Paris, mayo, 1977, p. 10.

¹⁴ Amilcar Cabral, "La Cultura. Fundamento del Movimiento de Liberación", *Del Tercer Mundo*, México, abril-mayo, 1975.

(¿Cómo es posible que las plantas les hablen a los botánicos?). Y esto no significa que la inserción y situación económica no sea real, sino que no es suficiente para identificar cabalmente a sus protagonistas. Implica que aquel aparentemente ambiguo concepto de identidad cultural posee una fuerza que no se sospechaba y un definido propósito de perpetuarse.

Es en este contexto que resurgen, o se actualizan históricamente, los movimientos étnicos en México. Ante la sorpresa de algunos, los aplausos de unos pocos y la desconfianza de los más, las etnias de México comienzan a re-asumirse como nacionalidades y hacen escuchar su propia voz, eludiendo (cada vez más) a todo intermedio y tratando (en la medida de lo posible) de esquivar las redes de la manipulación intencionada. Pero otra duda asalta a algunos sectores políticos y sociales. Nace la sospecha de que en realidad se trate de una burguesía indígena emergente, que trata de consolidar su papel económico mediante el acceso a algunos niveles del poder político. El punto es complejo y requiere ser tratado con la atención que amerita.

En un sentido genérico, las nacionalidades indígenas se desempeñan como clase subordinada de aquella clase portadora del proyecto nacional derivado del proyecto internacional hegemónico. Pero el modo de producción capitalista no sólo se orienta hacia los mecanismos de articulación económica extractivos, sino que por su propia naturaleza dinámica tiende a reproducirse en las sociedades que agrede. Este proceso facilita su expansión, al contar con una clase aliada en el interior de las nacionalidades, dedicada a la acumulación y reproducción del capital. Algunos analistas de los sistemas interétnicos han señalado la contradicción que representa para las luchas de liberación étnica el hecho que en el seno de una nacionalidad dominada se manifieste la existencia de clases antagónicas. Como los movimientos de liberación no son ajenos —si bien pueden ser paralelos— a la dinámica histórica de los conflictos interclase, el futuro papel de las burguesías nativas debe ser objeto del más cuidadoso análisis político y social. Para los estados-nación contemporáneos, dicho policlasismo ha sido uno de los factores de su surgimiento y desarrollo. Pero una perspectiva de futuro debe de excluir de sí misma la reproducción de un modelo signado por el antagonismo, la desigualdad y la represión de una clase sobre otra.

En el contexto actual de las minorías nacionales mexicanas, no cabe preguntarse sobre los niveles de participación de sus burguesías en un proceso de autodeterminación si no se reconocen los mecanismos que han posibilitado su propio surgimiento y que,

tarde o temprano, condicionarán sus respuestas políticas. Terray¹⁵ ha demostrado la dificultad (casi la imposibilidad) de la constitución de nuevos centros autónomos de desarrollo capitalista, debido al carácter integrador de los mecanismos de concentración del capital, expresados a nivel de mercado. La consecuencia que se deriva de este proceso es la imposibilidad del desarrollo de nuevas burguesías nacionales y el hecho de que las ya existentes deben transformarse, para sobrevivir, en lo que él denomina **burguesías compradoras**. En síntesis, burguesías que sólo existen en función de su carácter subordinado, dependientes de aquellas que realmente controlan el mercado mundial. Dicho proceso, existente a escala internacional, se reproduce a nivel interno de una nación. En México, gracias a su reforma agraria que inhibe (en gran medida) la formación de una clase de terratenientes indígenas, las burguesías étnicas son mayormente intermediarias que operan como agentes de un poder económico que está fuera de sí mismas. Esta **burguesía intermediaria** debe entonces su existencia a su posición estratégica dentro de un sistema de mercado al cual está supeditada. En el marco de un proceso de autodeterminación étnica su única expectativa de supervivencia, en cuanto tal, pasará por la identificación (y/o fusión) con la burguesía criolla (también dependiente) que justifica su misma existencia. Esto excluye, en gran medida, la posibilidad de que la burguesía asuma un papel directriz en un movimiento étnico. Otro papel corresponderá, quizás, a los intelectuales orgánicos (en el sentido gramsciano) que han surgido de dichas burguesías. Lo anterior parece encontrar su confirmación histórica en el papel protagónico que intelectuales y profesionistas bilingües están asumiendo en las organizaciones y procesos étnicos actuales.

Estados multinacionales contemporáneos

Cuando en 1936 Lombardo Toledano¹⁶ escribía su amarga sentencia "Somos historia, pero no hacemos historia", podría perfectamente no haberse referido sólo a México, sino a casi toda América Latina. Generaciones latinoamericanas han visto con angustia cómo una multitud de proyectos políticos creadores y originales fueron bloqueados por la expansión del proyecto hegemónico. Pero quizás sea este el momento de asumir una nueva relación con la historia, para buscar y desarrollar nuevas formas

¹⁵ Emmanuel Terray, "La Idea de Nación y las Transformaciones del Capitalismo", **Debates**, Barcelona, Editorial Anagrama, 1977.

¹⁶ Vicente Lombardo Toledano, **El problema del indio**, México, Sep-Setentas, 1973.

de convivencia social, uno de cuyos caminos pasa por el pluralismo cultural. Una visión de futuro que contemple el papel relevante de la multiétnicidad, y que asuma la posibilidad de una multinacionalidad, debe olvidar el temor de la fragmentación territorial del Estado. Y esto no es sólo una formulación utópica, tal como lo comprueban algunos ejemplos contemporáneos.

En 1943 Chiang-Kai-Shek escribía que en China no existía más nacionalidad que la **jan**, y que las otras no eran más que "ramas" de la **jan** con diferentes costumbres (discurso bastante similar al de algunos políticos latinoamericanos). Sin embargo, a treinta años del comienzo de la edificación del socialismo, la República Popular China se autodefine como un estado multinacional unitario. A pesar de que la nacionalidad **jan** continúa siendo la abrumadora mayoría, existen otras 54 nacionalidades que totalizan unos 40 millones de habitantes y que, pese a su relativamente escaso número, ocupan alrededor del 50 por ciento del territorio nacional. Desde la nacionalidad **chuang**, que posee 10 millones de miembros, hasta la **jeche**, que asciende a sólo unos 700 individuos, todas reciben reconocimiento oficial como minorías nacionales, lo que implica el derecho a sus idiomas, tradiciones, religiones, vestimentas, etcétera. La magnitud numérica no es, entonces, un criterio definitorio, ya que sólo 10 minorías superan el millón de habitantes, existen otras 18 nacionalidades que superan los 100 000 individuos, 26 nacionalidades se encuentran por debajo de esa cifra y las diez restantes no alcanzan los 10 000 pobladores. La situación multiétnica no tiende a disminuir, sino que, por el contrario, se halla en constante incremento; hacia 1949 la nacionalidad **chuang** contaba con seis millones de personas y para 1978 ya ascendían a los 10 000 000. Para esa misma época, de la **jeche** sólo restaban 300 individuos, que se han incrementado hasta 700 (recordemos los grupos lacandones).

Desde el punto de vista político, las nacionalidades se encuentran organizadas en 5 regiones autónomas a nivel de provincias, 29 prefecturas autónomas (prefecturas de provincia) y 69 distritos autónomos. Cada una de las unidades autónomas posee su propia Asamblea Popular, encargada de la administración local, cuyo conjunto es coordinado por el gobierno central. Las organizaciones de autogobierno de las nacionalidades poseen capacidades legislativas y ejecutivas, pudiendo incluso constituir milicias locales para los problemas de seguridad pública. Antes de 1949 sólo 10 minorías poseían lenguaje escrito. Pero de acuerdo a la Constitución, que establece la libertad de utilizar sus propias lenguas orales y escritas, se han creado nuevos sistemas de escritura en algunos casos y, en otros, se han reformado los sistemas preexistentes (glíficos y nemotécnicos). Como consecuencia de ello, en todas las

regiones autónomas y en la mayoría de las prefecturas existen actualmente periódicos publicados en las lenguas nativas. De igual manera, las radiodifusoras de las regiones transmiten en el idioma nacional de su territorio.¹⁷

Nadie dudaría hoy en día que Yugoslavia sea una nación "integrada" y con voz propia dentro del contexto político mundial. Sin embargo, su población no es homogénea ni lingüística ni culturalmente. En 1971 sus 29 552 972 habitantes se dividían entre musulmanes, serbios, eslovenos, macedonios, montenegrinos, croatas, albaneses, húngaros, turcos, eslovacos, gitanos, búlgaros, rumanos, rutenos, checos, italianos y alemanes. La vida política de las distintas nacionalidades, que integran en su conjunto el Estado, se organiza de acuerdo a constituciones regionales y a una constitución federal. Constituciones que establecen la igualdad de derechos para todas las minorías, las que tienen acceso a la educación en su propia lengua. En las escuelas primarias y secundarias las clases se imparten en nueve idiomas (albanés, búlgaro, checo, ruteno, italiano, húngaro, rumano, eslovaco y turco), existiendo también varias universidades multilingües. Prueba de la vitalidad lingüística de las nacionalidades es que se editan 52 periódicos en dichos idiomas, con un tiraje de 24 180 000 ejemplares, y 44 revistas cuyo tiraje supera los 2 000 000 de ejemplares, impresos en los dos alfabetos –latino y cirílico– que gozan de reconocimiento oficial. Las seis Repúblicas Socialistas Federativas: Bosnia, Montenegro, Croacia, Macedonia, Eslovenia, y Cervia, se articulan en forma igualitaria, con base a un Consejo de las Nacionalidades, hasta el punto de que la Asamblea Federal utiliza servicios de traducción simultánea para los diputados que la integran.¹⁸

Fuera del ámbito socialista tenemos el caso de Bélgica, cuya relativamente reciente concreción como estado-nación (primera mitad del siglo XIX) no le impidió desarrollar ambiciones colonialistas, tal como lo demostraron en África durante el siglo XX. Pero este estado-nación expansivo no fue, ni es, homogéneo a nivel interno. Desde su independencia, en 1830, las dos nacionalidades que integraban el estado –flamencos y valones– desarrollaron una pugna por la supremacía, que concluyó con una serie de acuerdos tomados en las primeras décadas de este siglo. La enseñanza primaria y secundaria se realiza obligatoriamente en la lengua de cada nacionalidad, lo que se extiende hasta la universidad. El flamenco ha sido reconocido junto con el francés como lenguas

¹⁷ Ying Ming, **Unidad e igualdad: las minorías nacionales de China progresan**, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1978.

¹⁸ Leopoldo Borrás, "Yugoslavia, Seis Naciones en una", **Revista de Geografía Universal**, vol. I, núm. 5, México, 1976.

oficiales del estado-nación, utilizándose tanto en el Consejo de Ministros como en otros organismos oficiales de alto nivel. En el Parlamento existe una representación proporcional, de acuerdo a la magnitud numérica de cada nacionalidad. Este proceso determinó que las otras dos minorías lingüísticas, alemanes y bilingües de Bruselas, acrecentaran sus demandas, hasta que en 1970 se modificó la Constitución declarando a Bélgica como un "Estado Comunitario", organizado con base a cuatro comunidades lingüísticas, entre las cuales se reparte equitativamente el presupuesto nacional.¹⁹

Un caso especial de respeto a las minorías lingüísticas lo brinda Finlandia, no obstante que la presencia de la principal lengua minoritaria —el sueco— fue resultado de una expansión de Suecia durante el siglo XVII. A pesar de que el finés fue prohibido por las autoridades rusas entre 1850 y 1860, en 1863 fue nuevamente reconocido como lengua oficial, revitalizándose hasta el punto de que en 1950 el 91.2 por ciento de la población hablaba el finés; el 8.6 por ciento el sueco, y un 0.2 por ciento el lapón. Pero en lugar de reprimir el sueco oficializaron ambas lenguas, y los distritos administrativos se declararon fineses, suecos o bilingües de acuerdo a la proporción mayoritaria de hablantes. En el aspecto educativo, basta que en una comunidad haya más de 17 niños en edad escolar hablantes de la lengua minoritaria, para que tengan derecho a recibir educación en su propio idioma, contando incluso con varias cátedras universitarias impartidas en sueco.²⁰

Los casos expuestos, sólo algunos de una multitud de ejemplos, no representan necesariamente modelos para la organización de una sociedad realmente pluralista, pero constituyen claras evidencias de que un Estado multinacional es políticamente viable. Expresa que la aparente utopía es uno de los niveles de realidad posible. La responsabilidad de la construcción de ese estado multiétnico del futuro es una decisión que compete exclusivamente a los habitantes del ámbito territorial mexicano, pero no puede estar únicamente en manos de uno solo de los sectores involucrados, sino que desde sus mismos gérmenes debe contar con la participación plena de las bases étnicas. Se podría anotar incluso que existe una tarea previa al proceso de formulación, y es la de ayudar a recuperar su carácter de nacionalidades a las etnias oprimidas, inaugurando así un proceso cuya originalidad histórica radicará en crear un nuevo y sorprendente tipo de diálogo civilizatorio que lleve la dialéctica social necesaria hacia una síntesis insospechada.

¹⁹ Julio Busquets, *op. cit.*, pp. 69-71.

²⁰ *Ibid.*, pp. 215-217.

El diálogo entre civilizaciones

Hay diálogos que comienzan con susurros. Y hay realidades que requieren de emergencias convulsivas para llegar a ser consideradas como tales. La presencia emergente de las nacionalidades indígenas mexicanas pone en evidencia el falso universalismo del humanismo burgués. Demuestra que no puede formularse una civilización universal cuyo término de referencia sea exclusivamente el modelo occidental (u occidentaloides). Señala claramente la imposibilidad de desarrollar, a expensas del bloqueo de una multitud de proyectos paralelos y contemporáneos, un proyecto histórico dado. Expresa, en fin, que debido a su ceguera —explícita o implícita— un estado multiétnico que no se asume como tal en términos reales y equilibrados, está condenado a actuar como un estado represor. Negar la historia, desconocer los idiomas, reprimir la identidad cultural de amplios sectores de la población, conlleva el fracaso de cualquier imaginación creadora en la búsqueda de un modelo social autónomo y libertario.

Posibilitar el diálogo entre civilizaciones que reemplace al actual monólogo del dominador (que se expresa a través de los conceptos de “la humanidad”, “el hombre”, etcétera), es contribuir a la realización plena de la dialéctica social histórica y contemporánea. Cuando la noción de cultura, en abstracto, sea reemplazada por la aceptación real de la existencia de multitud de culturas concretas, portadoras cada una de ellas —en su rica diferencia— de proyectos humanísticos propios, será posible realizar la síntesis entre lo que Malek²¹ denomina dialéctica de lo específico y de lo universal. Entendiendo lo específico como la suma de los factores nacionales, civilizatorios, culturales; y lo universal (inexistente por ahora) como la civilización futura basada en la intercomunicación científica y tecnológica. En un reciente trabajo, M. Kaplan²² señala que:

Toda sociedad es siempre un orden aproximativo, portador de varias versiones o configuraciones de sí misma, más o menos compatibles, competitivas u opuestas; un sistema plural, abierto a varios futuros posibles, siempre en vías de hacerse, de rehacerse y de modificarse, replanteado de modo virtualmente permanente.

Pero los latinoamericanos, herederos (y copistas) del monólogo occidental, nos hemos cerrado la opción de todos los futuros posibles, contenidos en nuestra propia formación histórico-social, para reiterar el modelo producido por las revoluciones burguesas

²¹ Anouar Abdel-Malek, *op. cit.*, p. 339.

²² Marcos Kaplan, *Estado y sociedad*, México, UNAM, 1978, p. 135.

europas. Nos hemos cerrado a la alternativa de una dialéctica creadora, basada en el diálogo civilizatorio con las distintas culturas que fueron incluidas dentro de los ámbitos de los estados-nación contemporáneos. Pero esto no es el resultado de una simple omisión, sino de un deliberado proyecto de las clases dirigentes, que veían en el modelo hegemónico no sólo la fuente de su poder, sino el ámbito de referencia para toda realización existencial posible. Uno de los frutos, y no el más dramático, del proyecto de las clases dirigentes, es que nuestros países son inconscientes de su verdadera imagen, reemplazada por la caricaturesca versión de la burguesía. Pero, ¿qué lugar para las civilizaciones indias podría quedar dentro del proyecto burgués? Primero esclavos, luego siervos, después peones; **instrumentum cum voce** del estrecho proyecto clasista. Incluso la explotación no fue sólo su único destino –si bien el más dramático–; como justificación necesaria, toda la dimensión civilizatoria americana fue negada o, en el mejor de los casos, expropiada como un glorioso pasado turísticamente redituable. Por un acto voluntario, deliberado –realmente escandaloso–, se desconocieron y se negaron los conocimientos médicos, tecnológicos, políticos, plásticos, literarios y filosóficos de las nacionalidades americanas. Todo ello incompatible con el proyecto de imitación y dependencia, todo ello contradictorio con la reificación de la única humanidad posible: la occidental (o la mala copia que de ella hemos hecho).

A partir del proceso revolucionario de 1910, México redescubrió la presencia de las nacionalidades indias, pero no se atrevió a repensar su futuro a partir de esa presencia. La literatura (reivindicativa), la plástica (el muralismo) y la política (el indigenismo), fueron manifestaciones “hacia los indios” pero no “con los indios”. Se construyó, tal vez, un nuevo “nosotros”, pero no se modificó realmente la distancia hacia “los otros”. La comunicación siguió siendo vertical, unidireccional. Quizás no se supuso que después de cuatro siglos de dominación las etnias conservaban aún su propio rostro, que no deseaban cambiarlo, que todavía tenían mucho que decir y decirlo con su propia voz, en su propio idioma. Que aún poseían lo que Malek²³ llama “ideología implícita”, su ser cultural profundo, que les permitía (y permite) aferrarse a su propio mundo, negándose a ser otra cosa distinta de lo que son. Pasó el tiempo y las turbulentas aguas políticas borrarono hasta aquella –al menos emocional– ideologización. Las reglas de juego impuestas por el camino económico escogido siguieron actuando hasta configurar el panorama presente, definido clara y sintéticamente en estas palabras de Bonfil Batalla²⁴

²³ Anouar Abdel-Malek, *op. cit.*, p. 294.

²⁴ Guillermo Bonfil Batalla, “Los Pueblos Indígenas: Viejos Problemas Nuevas Demandas”, *Sábado*, núm. 83, junio, México, 1979.

Basta asomarse a estas zonas de refugio, para conocer en vivo los aspectos más repugnantes y descarnados de nuestra realidad nacional: el asesinato como manera usual de represión; la ignorancia insolente de un mínimo orden jurídico; el despojo como una acción concreta, física; el racismo que marca todas las relaciones y las valoraciones; la reificación del indio; el autoritarismo que no alega ninguna justificación porque se legitima a sí mismo; la violencia y el temor cotidianos. La naturalidad de todo esto. La ausencia de escándalo.

Difícil ámbito para el diálogo propuesto, difícil poder olvidar la realidad pasada y presente en toda su brutal dimensión; difícil llegar un día a ser dignos de confianza. Pero el camino ya no lo podrá seguir trazando exclusivamente la sociedad nacional, la ideología implícita subyacente en las etnias se está transformando en una ideología explícita –la de nacionalidades–, política y étnica a la vez, alimentada por el río subterráneo de la memoria colectiva y reforzada por la desgarradora confrontación con el presente. Quizás sea todavía posible implementar el diálogo, pero necesariamente ellos deben de imponer los términos; de hecho ya los están proponiendo y tarde o temprano los impondrán. Los que no tenían voz la están recuperando y cada día hablarán más alto.